

Uno de los resultados más evidentes de las conferencias internacionales de la última década fue la incorporación de la sustentabilidad en los debates sobre el desarrollo. Gobiernos, universidades, agencias multilaterales y empresas de consultoría técnica, introdujeron en escala y extensión creciente, consideraciones y propuestas que reflejan la preocupación por el florecimiento de proyectos de desarrollo y de democratización de los procesos de toma de decisiones. Muchas ONGs, adoptando una posición crítica en relación con la definición oficial de desarrollo de los gobiernos y agencias internacionales, entienden la sustentabilidad como un principio estructurador de un proceso de desarrollo centrado en las personas y que podría tornarse en un factor movilizador y motivador de nuestros esfuerzos para transformar las instituciones sociales, los patrones de comportamiento y los valores dominantes. Con todo, la falta de precisión del concepto de sustentabilidad evidencia la ausencia de un marco de referencia teórico, capaz de relacionar sistemáticamente las diferentes contribuciones de los discursos y campos de conocimientos específicos. Por otro lado, esta situación refleja la indecisión prevaleciente de las elites, en definir un plan y un programa de acción coherente, que acepte e incorpore las crecientes críticas dirigidas al modelo de desarrollo aún dominante.

Sustentabilidad: Una Visión Humanista¹

Henrique Rattner²

La fórmula actualmente usada en los discursos políticos y científicos, a saber, "económicamente viable, socialmente equitativo y ecológicamente sustentable", no ha llevado a resultados donde se combinen e integren metas y valores derivados de las teorías sobre progreso técnico y productividad, con la protección y la conservación de los recursos naturales y del medio ambiente. Respecto a la reivindicación de la equidad intra e intergeneraciones y a la reducción de disparidades a nivel nacional e internacional, la fórmula es aún menos satisfactoria.

El concepto de sustentabilidad trasciende el ejercicio analítico de explicar la realidad y exige la prueba de la coherencia lógica en aplicaciones prácticas, donde el discurso es transformado en realidad objetiva. Los actores sociales y sus acciones adquieren legitimidad política y autoridad para dirigir comportamientos sociales y políticas de desarrollo por medio de la práctica concreta. La discusión teórica, por tanto, revela

¹ Este artículo fue presentado con el título: "Sustentabilidade-uma visão humanista". El texto original escrito en portugués, fue traducido libremente al español por la editora de la Revista Perspectivas.

² Henrique Rattner es licenciado en Ciencias Sociales, Master en Sociología, Doctorado en Economía Política (USP) y Pos Doctorado en Planificación Urbana y Regional (MIT/EUA). Actualmente es coordinador del Programa Práticas Brasil y de la ABDL - Programa de Liderazgo y Desarrollo Sustentable en el Mercosur. Es profesor titular de la Escuela de Administración de Empresas de la Fundación Getúlio Vargas (São Paulo) y de la Facultad de Economía y Administración (USF), es profesor emérito de la ECEME (Escuela de Comando y Estado Mayor del Ejército). Fue coordinador del NAWA - Núcleo de Investigación en Economía, Sociedad y Medio Ambiente, coordinador de investigación y consultor de instituciones nacionales (CNPq, FINEP, MCT, SEPLAN/SP, SENAI, SEBRAE) e internacionales (ONU, UNESCO, Banco Mundial). Ha publicado más de 20 libros y más de 200 artículos en diarios y revistas, en los ámbitos de política científica y tecnológica, economía y sustentabilidad.

una lucha disfrazada por el poder entre diferentes actores sociales, compitiendo por una posición hegemónica, para formular directrices y endosar representaciones simbólicas de sustentabilidad, sea en términos de biodiversidad, sobrevivencia del planeta o de comunidades auto suficientes y autónomas.

Sustentabilidad, nos remite también a una dimensión temporal por la comparación de características de un contexto ecológico y sociocultural determinado: del presente, del pasado y del futuro. Lo primero sirve como parámetro de sustentabilidad, en tanto el último requiere de la definición de un estado deseable de la sociedad del futuro. Experiencias políticas pasadas que intentaron imponer a las generaciones presentes los sacrificios necesarios para construir el futuro, revelan la relación conflictiva y compleja que subyace a un problema aparentemente simple, conceptual o taxonómico. Las prácticas dominantes en la sociedad (económicas, políticas y culturales) son determinadas por las elites de poder. Esas mismas elites son también las principales referencias para la producción y discriminación de ideas, valores y representaciones colectivas. Así, la fuerza y la legitimidad de las alternativas de desarrollo sustentable, dependerá de la racionalidad de los argumentos y opciones presentadas por los actores sociales implicados en las áreas política e ideológica. De este modo, cada teoría, doctrina o paradigma sobre sustentabilidad tendrá diferentes consecuencias para la implementación y la planificación de la acción social.

Instituciones y políticas relacionadas con la sustentabilidad son construcciones sociales,

lo que no significa que sean menos reales. Mientras tanto, su efectividad dependerá en alto grado de la preferencia dada a las propuestas en competencia, sostenidas y defendidas por distintos actores sociales. Por tanto, es útil comenzar con una breve revisión de los principales argumentos que ciertas corrientes teóricas y determinados actores, han formulado a fin de dar credibilidad y substancia a sus planteamientos sobre sustentabilidad.

El Discurso de los Cientistas Sociales

El argumento central desarrollado por los economistas a favor de la sustentabilidad gira en torno a la noción de eficiencia en el uso de los recursos del planeta. El uso eficiente de los recursos naturales, respetando al mismo tiempo las preferencias de los individuos, sería mejor ejecutada en un escenario institucional de mercado competitivo. Las posibles distorsiones del mercado podrían ser corregidas por la internacionalización de los costos ambientales y/o eventuales reformas fiscales, recolectándose más impuestos y tributos desde los responsables por los procesos de polución. La sustentabilidad sería alcanzada por la implementación de la racionalidad económica a escala local, nacional y planetaria.

No obstante, para alcanzar una reducción de los niveles globales de consumo per cápita, se recomiendan controles severos a ser impuestos por una autoridad internacional un tanto abstracta. La fórmula "por límites de crecimiento", también tiene consecuencias sociales y éticas teniendo en cuenta las disparidades regionales e inter-

nacionales que existen en el mundo. Por otro lado, el paradigma convencional, que insistía en la prioridad de "primero hacer la torta"³ prometiendo su distribución en un futuro remoto, nunca desembocó en relaciones sociales equitativas y sustentadas.

La premisa de los sociólogos, que los pobres son las principales víctimas de la degradación ambiental, subyace a la relación entre equidad y sustentabilidad; presumiendo que en las raíces de la degradación ambiental, se encuentran también las causas y responsabilidades por la inequidad social. Este discurso postula la imposibilidad de separar, para efectos del análisis, ecología y justicia en un mundo caracterizado por la fragmentación social a pesar de sus problemas ambientales comunes. La presión sobre los recursos naturales tiene que estar relacionada con prácticas de distribución injustas, dependencia financiera y falta de control sobre la tecnología, comercio y flujos de inversión.

Un análisis sistémico de este proceso de retoolimentación circular, revela la relación conflictiva entre lo político y lo social que destruye la base de reproducción de la naturaleza y de los grupos sociales que de ella dependen.

Siguiendo este raciocinio, diversas consideraciones éticas se desarrollan especialmente en relación con las consecuencias dañinas asociadas a las tecnologías de alto riesgo.

3 N.E. En referencia a la idea clásica sobre el desarrollo que sostiene, primero, la necesidad de crecer económicamente (hacer la torta), para, en un segundo momento, distribuir los frutos de ese crecimiento (es decir, proceder a "repartir la torta").

A los economistas y a los tecnócratas les gustaría que creyésemos en las virtudes de ESAP – las políticas de ajuste estructural económico aplaudidas como "solución" para los problemas de desarrollo por las agencias de financiamiento multilaterales –. Políticos y ejecutivos insisten en las ventajas de la competencia en un mercado global. Todos estos discursos o modelos nos explican las paradojas que caracterizan la actual situación mundial: el PMB (Producto Mundial Bruto) sobrepasó los US\$ 25 trillones, mientras en el mundo existen más pobres que nunca. El conocimiento y las innovaciones científicas y tecnológicas, cuestionan nuestra imaginación, mientras que la ignorancia y superstición parecieran invadirlo todo. Existe comida y bienes materiales en abundancia para los casi seis billones de habitantes de la tierra. Mientras, personas y animales perecen como consecuencia del hambre y la desnutrición. Con todo nuestro conocimiento basado en las ciencias naturales, exactas y sociales, somos incapaces de atender el creciente número de desempleados, sin techo o alienados espiritualmente.

Este sistema es claramente insustentable desde el punto de vista económico, cultural, ambiental, social, político y ciertamente, ético. Para ejemplificar, subrayamos la insustentabilidad, o el ciclo vicioso, producido por las políticas económicas del sistema.

Las prácticas convencionales de crecimiento económico se traducen en enormes y ocultos costos sociales y ambientales. Estos son externalizados o transferidos para toda la sociedad, así como las ganancias y los beneficios del crecimiento son apropiados para una

minoría. Presiones para remediar o aliviar esta situación llevan a la disminución de la capacidad del Estado de aumentar su recaudación por impuestos y tasas de valores más altos. Déficits presupuestarios y fiscales continuos se traducen en altos niveles de deuda interna, externa y social. Emitir más moneda, un método frecuentemente adoptado por los gobiernos de países en desarrollo, estimula la inflación, la especulación financiera y, finalmente, la desvalorización de las monedas nacionales. Esta situación, lleva a los capitalistas a procurar refugio en activos más sólidos, o a transferir su dinero para los paraísos fiscales. La escasez de capitales resultantes y la falta de incentivos para la innovación tecnológica, se traducen en un desempleo creciente y en recesión, y así, en menos recursos para el presupuesto del gobierno. Al mismo tiempo, el crecimiento poblacional induce una mayor demanda por la satisfacción de necesidades básicas y calidad de vida decente para todos. Estas contradicciones funcionan en un tipo de sistema retroalimentado; un ciclo vicioso de crecimiento y recesión como efectos acumulativos de polarización y exclusión de contingentes crecientes de la población, un proceso que no se restringe sólo a los países "en desarrollo".

¿Qué le ocurrió al Estado/Nación?, ¿Cómo podemos explicar su incapacidad para proteger a su población de las desastrosas fluctuaciones de la economía? En cuanto aumentan las expectativas populares y demandas por mejoras en la calidad de vida, el Estado pierde su capacidad de atender las necesidades básicas y proteger a sus ciudadanos contra el desempleo, la miseria, el crimen y la violencia.

La inestabilidad política continúa y la falta de gobernabilidad son características comunes a todas las sociedades contemporáneas, con pocas excepciones. Competencia y conflictos por recursos escasos tienden a disminuir las identidades y solidaridades nacionales, históricamente consideradas los pilares de unidades políticas distintas e independientes.

El Discurso Político

En todo el mundo, las sociedades civiles están organizando y ofreciendo resistencia creciente, no sólo frente a la contaminación ambiental y a la degradación de los recursos naturales, sino también a los abusos de poder político y económico. La cuestión de la democratización del proceso de toma de decisiones relacionadas con las condiciones de vida y de trabajo de la población, está llevando a la integración de las cuestiones o problemas ambientales y sociales en la lucha común por los derechos humanos básicos. Esto incluye la lucha de los ciudadanos en las zonas rurales y urbanas para defenderse contra las prácticas predatorias, tales como: la emisión de residuos tóxicos industriales o la contaminación del suelo y de las aguas, del subsuelo por el procesamiento de minerales, pesticidas, químicos o fábricas de fertilizantes.

En este proceso de movilización de los ciudadanos a actuar en busca de creciente productividad económica, un medio ambiente limpio y bienestar social, el factor central no es un sistema democrático formal, sino la construcción y el esfuerzo continuo de las instituciones democráticas específicas. La cuestión principal que surge aquí, es cómo formar instituciones democráticas

específicas capaces de inducir un proceso de desarrollo socialmente equitativo y ecológicamente sustentable y al mismo tiempo, mantener el control y definir los límites políticos que establecen relaciones de mercado desiguales y desestabilizantes.

Una mejor comprensión e implementación de tales políticas y principios exige un abordaje teórico cuya finalidad va más allá de la separación analítica de los aspectos técnicos o ambientales y de su concepto histórico y sociocultural, en cada sociedad y a escala global.

La calidad de la sustentabilidad reside en las formas sociales de apropiación y uso de todo el medio ambiente, no únicamente de los recursos naturales. Muchas formas socioculturales de apropiación no capitalistas del medio ambiente, se tornan "insustentables" cuando son invadidas y "desarrolladas" por las prácticas capital intensiva dominantes.

La búsqueda de la sustentabilidad, por tanto, lleva a tensiones y conflictos sociales. Mientras los académicos hacen discursos sobre el crecimiento de la población o el uso de indicadores, se tiende a ocultar la especificidad social y política de la apropiación de los recursos naturales. Los incentivos y privilegios asociados a los mecanismos y políticas de mercado, aumentan la desigualdad y refuerzan a los actores sociales más poderosos que resisten los controles democráticos.

Para sintetizar, el debate común sobre la sustentabilidad exige un marco teórico que debe ser aún elaborado. Sus conceptos pre-

liminarios, rebelan la naturaleza fragmentada de la sociedad y de los actores sociales que están luchando por la hegemonía política, intentando afirmar la legitimidad de sus discursos, para imponer prioridades, en general, y políticas de desarrollo, en particular. En este debate, los científicos sociales, aspirando a volverse "los filósofos del rey", argumentan frecuentemente sobre la inevitabilidad del sistema actual.

Así, la cuestión de la sustentabilidad permite a los actores no poder imponer sus visiones e intereses a los movimientos sociales, a las ONGs e incluso, a las políticas y directrices gubernamentales. La sustentabilidad no puede ser relacionada únicamente con un mejor equilibrio y armonía con el medio ambiente natural. Es posible pesquisar sus raíces en el tipo de relaciones de naturaleza económica y política existentes al interior de la sociedad, caracterizadas por el equilibrio y la equidad. El énfasis predominante fue colocado en situar la productividad, competencia y consumo individual - impulsado por la imperativa reducción del espacio de tiempo necesario para producir un retorno sobre la inversión - y en dejar de lado las dimensiones sociales y culturales de la identidad personal, responsabilidad y solidaridad. Esto, a su vez, ha provocado efectos dramáticos para la cohesión y continuidad de la organización social. Las actividades económicas son gobernadas por mecanismos impersonales: el mercado o el Estado. Basándonos en la evidencia de la historia contemporánea, debemos presumir que ambos hablarán de producir un equilibrio aceptable entre eficiencia económica y justicia social.

La crisis actual y el desafío enfrentado por todas las sociedades apuntan a la urgente necesidad de sobrepasar la tensión permanente y los conflictos que se generan entre la ganancia y el interés individual por un lado, y la demanda imperativa por ayuda mutua y cooperación, por el otro.

Construyendo una Economía Sustentable

Más allá del volumen impresionante de bienes y servicios, la industrialización basada en el progreso técnico y la abundancia de materias primas, produjo un número infinito de problemas ambientales y sociales denominados "costos sociales". Sólo durante las últimas décadas, la sociedad civil ha comenzado a resistir y a exigir la internacionalización de los costos ambientales causados por las actividades económicas.

Las ONGs y otros movimientos populares ejercen presiones sobre los gobiernos exigiendo protección contra los desechos tóxicos, las quemas, el agua y el aire contaminados. Estas presiones, junto con la percepción creciente de la necesidad de proteger y conservar los recursos naturales y la tendencia general al envejecimiento de las instalaciones y equipamientos industriales debido al progreso técnico, resultarán de la obsolescencia y consecuente abandono de sectores enteros caracterizados por procesos fordistas y de alta entropía. Estas operaciones son típicas de los llamados sectores caducos, un sinónimo de insustentabilidad.

La misma definición sería aplicada a las industrias sustentadas en materias primas no renovables y uso intensivo de los recursos energéticos produciendo grandes cantidades de bienes no reciclables. Otra categoría, está representada por productos basados en materiales tóxicos y no biodegradables, así como, la actividad de minería y extracción de bajo valor agregado y alta polución ambiental, causada por los desechos sólidos y líquidos. Ciertas áreas rurales también son afectadas por un gran número de agro tóxicos, pesticidas y fertilizantes químicos, que no sólo penetran y contaminan las aguas subterráneas. Esto tiene también consecuencias dramáticas sobre la salud humana, vegetal y animal a largo plazo, y sus efectos son percibidos en un número cada vez mayor de sectores de producción, activos o abandonados.

Una de las más trágicas -y costosas- actividades económicas está representada por las instalaciones de energía nuclear. Un número considerable de accidentes, la disposición incierta de los residuos y la desactivación de las instalaciones desde hace 40 ó 50 años de servicio, permanecen como una serie de problemas no resueltos, nuevamente, transferidos para las generaciones futuras.

Las alternativas que surgen de industrias emergentes, están basadas en un nuevo paradigma técnico-económico como proceso de baja entropía. Estas industrias procuran hacer uso eficiente de materiales, de energía y de capacidad creativa de la fuerza de trabajo. Sus productos son reciclables por definición y las normas e incentivos van a asegurar la protección de los seres

humanos y la conservación del medio ambiente (como el "sello verde" y la ISO 14.000).

El uso racional de recursos escasos va a exigir productos y procesos que estaban basados en la innovación, conservación e invención de todos los tipos de productos reciclables y biodegradables. Nuevas industrias ya están creciendo y expandiéndose, sea por la repoblación de grandes áreas degradadas, la administración racional de los recursos hídricos o la restauración de los predios y distritos de las ciudades. Una transformación similar, no obstante, más silenciosa, está en proceso en la agricultura. Un número siempre creciente de consumidores está cambiando sus prioridades hacia productos alimenticios industrializados, prefiriendo comida natural en base a fertilizantes orgánicos y a control biológico de plagas.

Enfrentando reacciones y resistencias crecientes a los reactores nucleares, algunos países europeos decidieron discontinuar sus programas de energía nuclear e invertir pesadamente en investigación y desarrollo de conservación y recursos energéticos alternativos, solares, eólicos o biomasas. Una fuerte presión está siendo ejercida sobre los productores de automóviles y máquinas para que investiguen y produzcan vehículos eficientes, seguros y reciclables, en cuanto a los administradores públicos – municipales y regionales – son inducidos a optar por sistemas de transporte público en ciudades congestionadas por un número excesivo de autos particulares.

El nuevo paradigma de producción, apartándose de la dirección de la sustentabilidad, no se establece únicamente para las actividades industriales y agrícolas, sino también penetra cada vez más en el sector servicios. Prácticas fordistas usadas en grandes fábricas con millares de empleados trabajando en líneas de montaje, condicionadas por estudio de "tiempo y movimiento", y disciplinados por la "zanahoria y el garrote", están desapareciendo gradual e irreversiblemente. Las empresas, antes estructuradas burocrática y jerárquicamente, están siendo sustituidas no sólo por instalaciones y "lay-outs" de menor escala, sino también, por organizaciones más flexibles y sistemáticamente más integradas. La integración sistémica, basada en informaciones altamente interactivas y servicios de comunicación introducen cambios en el layout, flujo de bienes y materiales y más que nada, en el prevaleciente sistema de relaciones humanas interno a la organización. Nuevos conceptos y esfuerzos por introducir el trabajo en grupo, la participación activa y la eficiencia colectiva son los principios orientadores que están sustituyendo a los principios y prácticas de la administración taylorista a nivel de la fábrica. Gerentes y líderes de grupo son entrenados para volverse formadores de equipos, cuyo papel primario es motivar antes de controlar o penalizar personas con recompensas simbólicas por ideas creativas, mejoras en la calidad e innovaciones incrementales secundarias.

Estas innovaciones pueden representar los primeros pasos en la búsqueda de un nuevo paradigma económico y también, de un nuevo estilo de vida y valores que rechazan la acumulación ilimitada y el consumo conspicuo.

Una exigencia básica para este esfuerzo es el análisis y evaluación crítica de las hipótesis y conceptos dominantes, tales como:

- la tendencia inercial en dirección al equilibrio y la armonía del sistema económico;
- la analogía funcional entre la evaluación social y biológica por estados determinados de crecimiento o declinación,
- la preeminencia inevitable del crecimiento económico sobre la distribución;
- el papel de la ciencia, tecnología y planear como principales variables de los cambios sociales;
- la confusión entre mercado y democracia, ignorando las tendencias centralizadoras del control económico, financiero y de información.

A fin de avanzar en la dirección de la sustentabilidad, debemos redefinir el significado de la riqueza y el progreso frente a una visión de la vida y de la sociedad, más integrada y sistémica. ¿Cómo sobrepasar la tensión dialéctica entre instituciones especializadas y organizaciones altamente efectivas en sus misiones y la urgente necesidad de la sociedad de inducir estas mismas organizaciones a asumir mayores responsabilidades por el bien común?

Para construir una sociedad sustentable, es esencial entender que un medio ambiente saludable es condición necesaria para nuestro bienestar, el funcionamiento de la economía y, en fin, la sobrevivencia de la vida en la

tierra. Entretanto, la vida – individual y social – no puede ser reducida solamente a las funciones biológicas y de producción-consumo.

Cooperación, compasión y solidaridad son valores vitales para la sobrevivencia y la calidad de vida. Participación consciente y activa de la persona en las decisiones que afectan su propia vida y la vida colectiva, da significado al empeño humano. Con todo, incluso, la democracia y la participación que proporcionan derechos y oportunidades equitativas para el acceso a la información, al trabajo, a los servicios básicos sociales y culturales, no son garantía suficiente para la sustentabilidad. Políticas ambientales racionales, así como, la eficiencia económica basada en ciencia y tecnología, pueden ser condiciones necesarias pero no suficientes para la sustentabilidad sociocultural. Esta exige un sistema político con poderes para planear, coordinar y proporcionar directrices a un infinito número de unidades autónomas, independientes, administradas democráticamente y en el completo control de sus recursos. Tal sistema permitiría la creatividad y la autorrealización de sus miembros, de acuerdo con sus vocaciones, intereses y personalidades.

Lo más importante en la evolución del concepto de sustentabilidad está representado por el consenso creciente que este requiere e implica democracia política, equidad social, eficiencia económica, diversidad cultural, protección y conservación del medio ambiente. Esta síntesis, aún no aceptada por todos, tenderá a ejercer una influencia poderosa en la práctica social de los años venideros.